

## Lidia Gil

Teórica, crítica y comisaria de arte.

En el origen de este trabajo fotográfico —y en general en la obra de Eduardo Rivas—, late una pasión confesa, la que el autor tiene desde su infancia por las aventuras y la exploración, la curiosidad por lo desconocido. Si primero se escapó para ir más allá de su edificio, después convenció a sus amigos para ir más allá de su calle y, ampliando perímetro y audacia, esta actitud le ha llevado a recorrer mundo y, del mismo modo, a interesarse por lo que se esconde en nuestro entorno más cercano.

También conquistó poco a poco un estilo, un lenguaje que le permitiera compartir estas experiencias y, a través del viaje, reflexionar sobre el territorio y la identidad de los pueblos, poniendo a menudo el foco en el impacto humano en el paisaje —y viceversa— desde una perspectiva ecológica y social. Y fue a través de la fotografía, que le posibilita recoger con su objetivo fragmentos significativos y mostrar con sus imágenes retazos de los lugares que transita y en los que se sumerge para profundizar y poder transmitir su esencia. Consciente de la imposibilidad de mostrarlo todo, construye en sus series estructuras de significado, introduciendo metáforas que amplían con sutileza los contenidos. Cada imagen es una clave que connota y sugiere, una pista que, al relacionarse con las demás, genera interesante información sobre los lugares y acontecimientos que investiga. La fotografía y el viaje se convierten así en experiencia vital y forma de conocimiento.

El proyecto Magallán surge en el contexto del V Centenario de la primera circunnavegación del mundo de Fernando de Magallanes, Juan Sebastián Elcano y sus tripulantes, que aportó una conciencia planetaria a occidente muy valiosa para sus inquietudes imperialistas. La arriesgadísima aventura supuso la apertura de una ruta comercial para las especias, producto de lujo en el siglo XVI, y se convirtió en un hito sin precedentes para la navegación y la cartografía del momento. Una hazaña tan solo comparable en nuestros días con lo que supuso la llegada del hombre a la Luna.

De esta gesta se hace eco Eduardo Rivas, que centra su trabajo en el paso por el Estrecho de Magallanes, capítulo clave en aquel trayecto y momento álgido de la historia, tal como quedó narrada por el cronista italiano Antonio Pigafetta, que los acompañó durante todo el recorrido. Para mostrar las dificultades que surgieron en el periplo y poner en valor el extraordinario aguante y resistencia de aquellos marinos, va a hacer hincapié en la geografía que tuvieron que superar para atravesar el límite austral del mundo, mostrándonos un territorio de cielos plúmbeos, complejo y hostil como pocos, frío y ventoso en extremo, a menudo azotado por mares salvajes y tormentas eternas. Poniendo en relación dos paradigmas tecnológicos, el siglo XVI y la actualidad, nos hablan de ellos las instantáneas y retratos de los trabajadores del barco en el que hizo parte del viaje Eduardo, que pasó dos meses en la región chilena, conociéndola in situ para realizar este trabajo fotográfico.

La exposición se abre y se cierra simbólicamente con imágenes del principio y fin del Estrecho de Magallanes, el Océano Atlántico y el Océano Pacífico, cuyo nombre responde al respiro de aquellos hombres al salir de un complicadísimo paso salpicado de centenares de archipiélagos, penínsulas, bahías, canales sin salida... El continente americano desintegrándose mientras se

entrega al Mar de la Zona Austral. Entre ambos océanos, la Región de Magallanes y Antártica Chilena, y dos realidades esencialmente distantes: la de aquel lejano 1520 y la actualidad.

Quizás la diferencia más notable sea la ausencia de los pueblos que los europeos encontraron a su paso (Kawésqar, Yaganes o Shelknam), cuyas culturas prácticamente han desaparecido. El mestizaje y el contacto con los colonos diezmoó su población, así como la persecución a la que fueron sometidos cuando en el siglo XIX los empresarios occidentales tomaron posesión de sus tierras para establecer cultivos y explotaciones extensivas de ganadería ovina. Millares de cabezas de ganado como las que se muestran en las fotos, un paisaje en sí mismo, generarían la lana que hizo posible el desarrollo de la Revolución Industrial europea. Estas actividades económicas hicieron de la Tierra de Fuego –llamada así por las columnas de humo que los antiguos pobladores formaron para comunicarse el avistamiento de gentes extrañas–, una enorme fuente de riqueza para los recién llegados y se muestran en Magallán además de otros recursos de la tierra y el mar, como la recolección de algas, la deforestación o la industria ballenera, que tuvo una gran importancia a principios del siglo XX. Esta última está representada por un viejo puerto que recibía a los balleneros y un esqueleto de cetáceo en proceso de reconstrucción para ser exhibido en un lugar en el que se relata que los niños a menudo aprendían los números contando ballenas.

Por otro lado, y sin perder de vista un enfoque comprometido con la degradación medioambiental, se muestra la imponente fuerza de la naturaleza en estas duras latitudes a través de diferentes tomas de paisajes de gran belleza, como el apabullante Parque Nacional Torres del Paine, considerado la octava maravilla del mundo con sus icónicas crestas de roca madre y maravillosos lagos; los glaciares en su progresivo deshielo, intrincados bosques labrados por el viento o amplias llanuras esteparias vestidas de gramíneas y coirón. Aparecen también sus moradores, como el águila, el guanaco –camélido insignia–, el árbol fósil araucaria o las barbas del “musgo español”, líquen cuya curiosa denominación esconde interesantes historias coloniales.

Hay, como no, imágenes de los asentamientos humanos, y destaca que solo aparezcan reflejadas las casas, las edificaciones o las calles, y no las personas. Esto responde sin duda a la honestidad documental, pues refleja lo que el fotógrafo encontró en estos espacios. Las fotografías muestran así la particular dureza de un entorno en el que el óxido se vuelve protagonista: espacios desolados, un anónimo cementerio abandonado, vehículos y aperos ya inservibles, chatarra tecnológica o grandes hangares desvencijados que muestran la inclemencia del ambiente. Todo parece mostrar que la vida en el confín meridional del mundo no es fácil. La climatología parece saltar de las imágenes al espectador, se siente el silencio tanto como el gélido viento.

Y finalmente, varios ejemplos de otros esqueletos, esta vez de barcos comidos por la herrumbre, símbolo del deterioro y la vida limitada de cualquier riqueza y de tantos sueños, como los de aquellos hombres que se lanzaron a la mar con sed de aventuras, riquezas y conocimiento. Quizás si Eduardo hubiese vivido en aquella época de exploradores, hubiera formado parte de la tripulación científica de uno de esos navíos como cronista gráfico junto a un Pigafetta, para conseguir imágenes solo asequibles a quien se interna en el territorio y lo vive en primera persona. Nunca se sabe...